

La inevitable visión retrospectiva

Un balance somero de lo ocurrido durante el año 1988 es suficiente para percibir la intrincada complejidad de la situación salvadoreña, que se caracteriza por la violencia y la inseguridad, desde hace casi un decenio. Al entrar al último año de la presente década, tal balance constituye de manera espontánea un juicio sobre ese período que es sin duda la época más convulsa, tormentosa y acelerada de la historia nacional. Y si aún dicho juicio se proyecta ampliamente sobre el campo de las especulaciones, porque el conflicto fundamental sigue vivo, es ya posible asegurar que los historiadores nacionales y extranjeros — éstos ya están haciéndolo — analizarán esta etapa del devenir político, económico y social de El Salvador como uno de los más alucinantes y sorprendentes episodios de la historia mundial contemporánea.

Desde 1980, las cosas han cambiado a profundidad en nuestra Patria, aunque persistan los signos de violencia, destrucción, deterioro económico, amagos constantes de anarquía y descontrol en la política gubernamental. Las diferencias políticas entre entonces y hoy son, sin embargo, fundamentales: Hay un proceso democrático real, aunque naturalmente imperfecto; el sentimiento de inevitabilidad del triunfo del totalitarismo revolucionario se ha desvanecido, salvo en un pequeñísimo grupo de dirigentes, que uno no sabe si creen o dicen creer en una utópica victoria; la institucionalización del país ha avanzado de modo determinante, en medio de la crisis; y cinco procesos electorales, con un sexto a la vista, representan un ejercicio cada vez más exigente del sagrado e irrenunciable derecho que tiene el pueblo de elegir con periodicidad a sus gobernantes.

Luego de tantos años de desgarramiento interno, la paz es hoy un clamor generalizado entre los salvadoreños. Pero así como la situación es compleja, la conquista de la paz también lo es, y reclama a estas alturas una percepción y un tratamiento realistas, no demagógicos ni ingenuos, en los que se consideren tres juegos de voluntades: el de las grandes potencias, el de las fuerzas interiores directamente en pugna, y el del pueblo mismo, que sigue perseverando en la legalidad democrática, aún con naturales recelos, pero con visible propósito de participación. Lo que resulta claro, y lo que sintéticamente distingue la situación de 1980 de la de 1988, es que hoy existe un proceso institucional, con fuerzas cada vez más variadas y cada día más conscientes de sus funciones y de sus posibilidades.

1988: Año complejo y difícil

Dramáticos sucesos han ocurrido casi diariamente a lo largo de todo el año que acaba de transcurrir. La mayor parte de ellos tienen que ver con la violencia salvaje del terrorismo. Pero hay otros que son fenómenos indicadores de la manera en que avanza el proceso salvadoreño, y de las confusiones y clarificaciones que paradójicamente lo caracterizan. Recordemos algunos de estos sucesos de mayor irradiación y permanencia:

—Las elecciones del 19 de marzo, en las cuales el partido de Gobierno pierde la mayoría legislativa, con lo que la dinámica democrática se reafirma y el libre juego de las ideas políticas asume una dimensión institucional nunca antes

alcanzada en nuestro país.

—La incorporación equívoca pero muy reveladora del FDR a la vida política legal, con la intención de ganar algún espacio dentro del proceso; y la reactivación más cautelosa y disfrazada del Partido Comunista, bajo su antigua fachada de la UDN; con todo lo cual el abandono de la vía armada comienza su lento y conflictivo camino de regreso.

—La convocatoria, por parte del Arzobispado de San Salvador, a un Debate Nacional por la Paz, iniciativa apoyada con mucha prudencia por los otros obispos del país, y que, por distintos motivos, resultó ser sólo un esfuerzo sectorial con escasos aportes a la configuración de un Consenso nacional sobre la crisis y sus posibles soluciones, lo cual ha dejado los resultados del Debate dentro del marco de una cortés apreciación pasiva.

—El inicio de la campaña electoral para los comicios presidenciales de 1989, con planteamientos partidarios que tienen una clara tendencia hacia la moderación y el pragmatismo, lo que constituye un evidente indicio de que los partidos políticos están comprendiendo que el pueblo desconfia cada vez más de esquemas tajantemente ideologizados, y exige en cambio programas realistas, que enfrenten de modo eficaz problemas como el desempleo, la corrupción, la violencia, el crimen y el deterioro espiritual y moral de la sociedad.

—El recrudecimiento del terrorismo, como expresión de que los grupos de extrema izquierda siguen practicando, en esta etapa, una estrategia de doble cara, queriendo participar por medio de sus aliados en el proceso, y buscando por otra parte crear un clima insurreccional con la agudización destructiva de la violencia; todo esto sin tomar en cuenta que el proceso democrático ha desarrollado una considerable capacidad de absorción y progresivos mecanismos de defensa frente a los ataques de sus enemigos internos y externos.

¿Por qué la paz se siente tan lejana?

En un panorama de complicaciones tan evidentes, el drama salvadoreño no puede enfrentarse con simplistas llamamientos a la paz y a la concordia, valores que al ser manipulados de manera superficial van perdiendo, a los ojos del pueblo, su profunda y trascendental significación. La paz, entendida como producto del estado de armonía que las sociedades necesitan para sobrevivir humanamente, está aún muy lejos de nuestra realidad; pero el proceso de pacificación democrática, que es árduo y prolongado, sí ha tenido avances en 1988.

Los que piensan que la paz resultará de un acuerdo suscrito entre las fuerzas militarmente enfrentadas, pueden creer que este ha sido un año perdido; los que creemos que la paz se va construyendo en la vigencia de un régimen de libertades, sentimos que 1988 ha significado mucho en el esfuerzo nacional por enfrentar con valentía vicios nefastos como la corrupción, la intolerancia y el esquematismo radical. La izquierda, llevando agua a su molino, ha venido sosteniendo con insistencia que la democracia sólo será posible luego de "negociar" la paz, porque ese es el esquema que le conviene a la estrategia totalitaria. La verdad es todo lo contrario: por el camino de la democracia, que es

esencialmente pacificadora, es que se alcanza la verdadera armonía, base de la paz.

La democratización pacificadora no excluye, desde luego, el diálogo con los que se niegan a aceptar las realidades del proceso. Hoy se habla mucho de diálogo-negociación, lo que constituye una peligrosa trampa. Se debe dialogar constitucionalmente, con espíritu abierto y sincero, para desactivar los mecanismos de la subversión. Jamás se debe negociar con los marxistas lo que ellos verdaderamente quieren, es decir, la implantación de su propio proyecto político, por más disimulado que lo presenten, porque no hay ninguna fuerza que tenga el derecho de imponer al pueblo una opción que éste no ha escogido libremente en las urnas; y tampoco hay gobernante que tenga una facultad de semejante naturaleza.

El día en que la subversión acepte los cauces de la democracia representativa, el proceso pacificador se acelerará, y la paz que tanto anhela el pueblo no tendrá tantos obstáculos.

El reto de 1989

A diez años de iniciado el conflicto, 1989 es un año decisivo. El Gobierno actual, si bien puede mostrar algunos logros en lo que se refiere a ciertas libertades políticas y al mejoramiento de la imagen internacional, presenta un saldo indudablemente negativo en lo que se refiere al fortalecimiento del frente interno, al entendimiento con los sectores productivos y al gravísimo problema de la corrupción en el manejo de los asuntos públicos. Casi todo lo que el proceso mismo ha logrado en estos cinco años ha sido pese al Gobierno en el área ejecutiva. Pero es natural aceptar que será la historia la que dirá la última palabra.

La cuestión ahora es de futuro. El Salvador tendrá un nuevo Presidente dentro de cinco meses, y en un régimen presidencialista como el nuestro la figura del Presidente es fundamental. ¿Qué espera el pueblo del ciudadano que asumirá la responsabilidad ejecutiva el primero de junio próximo? Consideramos que espera y merece un gobernante que tenga capacidad, honestidad, espíritu de servicio, entrega patriótica, voluntad de entendimiento con todas las fuerzas sociales y actitud visionaria frente a los grandes problemas nacionales. El gobernante de 1989 debe actuar con visión futurista, con el mínimo de pasiones y con el máximo de patriotismo, para encauzar al país por la senda de la recuperación interna y de la dignidad internacional.

Tres puntos parecen los desafíos principales de la administración que se avecina:

—La liberalización de la economía, a fin que todas las fuerzas productivas desarrollen complementariamente sus capacidades, aun en el ámbito de una crisis no resuelta.

—La aceleración del proceso pacificador, garantizando la democracia y los Derechos Humanos, y propiciando un diálogo nacional con todas las fuerzas, entre éstas las de los extremistas alzados en armas, para lograr en el menor tiempo posible su incorporación legal al proceso.

—La efectividad de los mecanismos de legalidad, de modo que las reglas del juego político, económico y social sean claras y congruentes, y que el pueblo vaya alcanzando la seguridad indispensable en la vida y en el trabajo, y la confianza suficiente en la responsabilidad de los que lo gobiernan.